

puerta de Torey, hubo que parlamentar, suplicar, incomodarse, sitiar casi la plaza para obtener del gobernador que bajara el puente levadizo. Eran las cinco; el séptimo cuerpo entró en Sedán, ebrio de fatiga, de hambre y de frío.

### VIII

Con el atropello que hubo al final de la carretera de Wadelincourt, en la plaza de Torey, Juan se vió separado de Mauricio, y corrió, se perdió entre aquel gentío, sin poder encontrarle. Era una verdadera desgracia, porque había aceptado el ofrecimiento del joven, que quería llevárselo á casa de su hermana: allí descansarían, dormirían en buena cama. Reinaba tal desorden, confundidos todos los regimientos, sin jefes ni órdenes, que los hombres estaban casi libres para hacer lo que les diera la gana. Cuando hubiesen descansado algunas horas, tendrían tiempo para orientarse y unirse á sus compañeros.

Juan, atolondrado, se encontró sobre el viaducto de Torey que cruzaba por encima de extensas praderas que el gobernador había hecho inundar con las aguas del río. Después de haber franqueado otra puerta, atravesó el puente sobre el Meuse y le pareció, á pesar de que había amanecido, que volvía á anochecer en aquella ciudad estrecha, ahogada entre sus murallas, con las calles húmedas y las casas altas.

No recordaba ni el nombre del cuñado de Mauricio; sabía solo que su hermana se llamaba Enriqueta. ¿A dónde iría? ¿Por quién preguntaría? Sus pies

apenas podían sostenerle y comprendía que si se paraba, caería. Como hombre que se ahoga, sólo oía el zumbido, el rumor sordo, sólo distinguía el manar continuo de aquel tropel de hombres y de animales entre los que era arrastrado. Como había comido en Remilly, solo tenía ganas de dormir, y alrededor suyo, el cansancio se imponía al hambre, el rebaño de sombras tropezaba por aquellas calles desconocidas. A cada paso, un hombre caía sobre la acera, se dejaba ir contra una puerta y se quedaba allí como muerto, dormido.

Al levantar la vista, Juan leyó en un letrero: «Avenida de la Sub prefectura». Al final había un monumento en un jardín. En la esquina de la Avenida vió un jinete, un cazador de Africa á quien creyó reconocer. ¿No era acaso Próspero, el chico de Remilly que había visto en Vouziers con Mauricio? Se había bajado de su caballo, y el caballo, temblando sobre sus pies, debía sufrir tanto de hambre, que estiraba el cuello para comer las tablas de un furgón que se hallaba arrimado á la acera. Los caballos no habían recibido raciones en los dos últimos días y morían de inanición. Los dientes de Céfire raspaban con furia la madera y Próspero lloraba de rabia.

Después, cuando Juan, que se había alejado volvía sobre sus pasos, pensando que acaso Próspero supiese las señas de Mauricio, no le volvió á ver. Entonces empezó la desesperación negra; vagaba por las calles, se encontró ante la sub prefectura, llegó hasta la plaza de Turenne. Allí se creyó salvado al ver ante el Ayuntamiento, al pie de la es



fatua, al teniente Rochas, con algunos hombres de la compañía. Puesto que no podía encontrar á su amigo, se uniría al regimiento y dormiría bajo la tienda de campaña. El capitán Beaudoin no había parecido y el teniente Rochas trataba de reunir su gente, informándose, preguntando inútilmente dón de se había fijado el campamento de la división. A medida que avanzaban por la población, la compañía en vez de aumentar disminuía. Un soldado, haciendo ademanes de loco, entró en una taberna y no se le volvió á ver más. Otros tres se pararon delante de la puerta de una tienda de comestibles, llamados por unos zuavos que habían abierto un barril de aguardiente. Algunos estaban tirados en medio del arroyo, otros querían echar á andar y caían, aplastándose como masas inertes. Chouteau y Loubet se hicieron una seña y desaparecieron detrás de un paseo persiguiendo á una mujer que llevaba un pan. Sólo quedaban con el teniente Pache y Lapoulle, con una docena de compañeros.

Al pie de la estatua de Turenne, el teniente Rochas hizo esfuerzos enormes para tenerse en pie, con los ojos abiertos, cuando reconoció á Juan.

—¡Ah! ¿es usted, cabo? ¿Y sus hombres?

Juan hizo un ademán para indicar que no sabía donde estaban. Pero Pache, señalando á Lapoulle contestó llorando:

—¡Estamos aquí! estamos solos los dos... ¡que Dios se compadezca de nosotros, esto es demasiado!

El otro, Lapoulle, el tragón, miraba las manos de Juan, con aire voraz, sublevándose de verlas siempre yacías. Tal vez hubiese soñado que el cabo había ido á buscar provisiones.

—¡Demonio! ¡tampoco vamos á comer hoy!— gruñó.

Gaude, el corneta, que aguardaba la orden de tocar, apoyado contra la verja, se quedó dormido de pie, y cayó al suelo cuan largo era. Todos sucumbían uno á uno y dormían en el santo suelo. Unicamente el sargento Sapin permanecía aún con los ojos abiertos, como si leyese el destino que le aguardaba en el horizonte de aquella ciudad desconocida.

El teniente Rochas no pudo resistir más y se sentó. Quiso dar una orden.

—Cabo, es preciso... es preciso...

No encontraba las palabras, rendido por el cansancio, y, de pronto, su cuerpo osciló y quedó tendido en tierra, dormido.

Temiendo que le ocurriera lo propio, Juan se fué de allí. Quería buscar una cama á toda costa. Al otro lado de la plaza, en una ventana del hotel de la Cruz de Oro, había visto al general Bourgain Desfeuilles, en mangas de camisa, dispuesto á meterse en la cama. ¿Para qué iba á continuar ocupándose de las tropas? De pronto tuvo un alegrón, un nombre surgió de su memoria: el del fabricante de paños donde estaba empleado el cuñado de Mauricio, el señor Delaherche. Sí, eso era; se dirigió á un hombre que pasaba.

—¿El señor Delaherche, dónde vive?

—En la calle Maqua, casi en la esquina de la calle del Beurre, una casa muy grande, con muchas esculturas.

Se marchó y á poco volvió corriendo.

—Oiga. ¿Es usted del 106º?... Si busca usted su



tatua, al teniente Rochas, con algunos hombres de la compañía. Puesto que no podía encontrar á su amigo, se uniría al regimiento y dormiría bajo la tienda de campaña. El capitán Beaudoin no había parecido y el teniente Rochas trataba de reunir su gente, informándose, preguntando inútilmente dónde se había fijado el campamento de la división. A medida que avanzaban por la población, la compañía en vez de aumentar disminuía. Un soldado, haciendo ademanes de loco, entró en una taberna y no se le volvió á ver más. Otros tres se pararon delante de la puerta de una tienda de comestibles, llamados por unos zuavos que habían abierto un barril de aguardiente. Algunos estaban tirados en medio del arroyo, otros querían echar á andar y caían, aplastándose como masas inertes. Chouteau y Loubet se hicieron una seña y desaparecieron detrás de un paseo persiguiendo á una mujer que llevaba un pan. Sólo quedaban con el teniente Pache y Lapoulle, con una docena de compañeros.

Al pie de la estatua de Turenne, el teniente Rochas hizo esfuerzos enormes para tenerse en pie, con los ojos abiertos, cuando reconoció á Juan.

—¡Ah! ¿es usted, cabo? ¿Y sus hombres?

Juan hizo un ademán para indicar que no sabía donde estaban. Pero Pache, señalando á Lapoulle contestó llorando:

—¡Estamos aquí! estamos solos los dos... ¡que Dios se compadezca de nosotros, esto es demasiado!

El otro, Lapoulle, el tragón, miraba las manos de Juan, con aire voraz, sublevándose de verlas siempre yacías. Tal vez hubiese soñado que el cabo había ido á buscar provisiones.

—¡Demonio! ¡tampoco vamos á comer hoy!— gruñó.

Gaude, el corneta, que aguardaba la orden de tocar, apoyado contra la verja, se quedó dormido de pie, y cayó al suelo cuan largo era. Todos sucumbían uno á uno y dormían en el santo suelo. Únicamente el sargento Sapin permanecía aún con los ojos abiertos, como si leyese el destino que le aguardaba en el horizonte de aquella ciudad desconocida.

El teniente Rochas no pudo resistir más y se sentó. Quiso dar una orden.

—Cabo, es preciso... es preciso...

No encontraba las palabras, rendido por el cansancio, y, de pronto, su cuerpo osciló y quedó tendido en tierra, dormido.

Temiendo que le ocurriera lo propio, Juan se fué de allí. Quería buscar una cama á toda costa. Al otro lado de la plaza, en una ventana del hotel de la Cruz de Oro, había visto al general Bourgain Desfeuilles, en mangas de camisa, dispuesto á meterse en la cama. ¿Para qué iba á continuar ocupándose de las tropas? De pronto tuvo un alegrón, un nombre surgió de su memoria: el del fabricante de paños donde estaba empleado el cuñado de Mauricio, el señor Delaherche. Sí, eso era; se dirigió á un hombre que pasaba.

—¿El señor Delaherche, dónde vive?

—En la calle Maqua, casi en la esquina de la calle del Beurre, una casa muy grande, con muchas esculturas.

Se marchó y á poco volvió corriendo.

—Oiga. ¿Es usted del 106?... Si busca usted su



regimiento sepa al menos que ha vuelto á salir por el castillo, allá!... Acabo de encontrar al coronel señor Vineuil, á quien conocí cuando estaba en Meziers.

Juan se marchó impaciente. ¡No! ¡No! Ahora que tenía seguridad de encontrar á Mauricio, no quería acostarse sobre el suelo. A pesar de todo, le remordía la conciencia porque veía al coronel, con su alta estatura, tan duro al cansancio á pesar de su edad, durmiendo como sus soldados bajo la tienda de campaña. En seguida tomó por la calle Mayor, se perdió de nuevo en el tumulto creciente, y acabó por preguntar á un chiquillo que le llevó á la calle Maqua.

Era allí donde un abuelo del actual Delaherche había edificado en el siglo pasado la fábrica monumental, que, en los ciento sesenta años transcurridos, no había dejado de pertenecer á la familia.

Hay así en Sedán, fundadas desde el reinado de Luis XV, fábricas de paños, grandes como el Museo del Louvre, con fachadas majestuosas. La de la calle Maqua tenía tres pisos, ventanas grandes y esculturas muy severas, y en el interior un patio inmenso, de palacio, tenía árboles gigantescos de la época de la fundación de la casa. Tres generaciones de Delarheche habían hecho allí enormes fortunas. El padre de Julio, el actual propietario, que había heredado la fábrica de un primo suyo muerto sin hijos, había hecho que pasara el edificio á poder de la rama segunda de la familia. El padre había aumentado la prosperidad de la fábrica, pero había sido una especie de Tenorio é hizo muy desgraciada á su mujer. Así es que ésta, viuda ya, temiendo

que el hijo siguiera el camino del padre, quiso sujetarle hasta los cincuenta años como si fuera un chiquillo, después de haberle casado con una mujer muy sencilla y muy devota. Lo malo es que la vida tiene crueles desengaños. Al morir su mujer, Delaherche, joven aun, se había enamorado de una viudita de Charleville, ciudad alegre y bullanguera. Nunca se hubiera realizado el casamiento si Gilberta no hubiese tenido un tío como el coronel Vineuil, próximo á ascender á general. Aquel parentesco, la idea de que se había enlazado con una familia militar, halagaba mucho al fabricante de paños.

Aquella mañana, Delaherche, sabiendo que el ejército iba á pasar por Mouzon, había dado con Weiss, su tenedor de libros, un paseo en coche, del que había hablado el señor Fouchard. Alto y grueso, colorado de nariz gruesa y de labios espesos, era de carácter expansivo y le alegraban los desfiles de las tropas. Habiendo sabido por el farmacéutico de Mouzon que el emperador se encontraba en la casería de Baybel, se fué allá, le vió y había estado á punto de hablar con él, y esa excursión servía de tema á sus conversaciones.

¡Pero qué terrible regreso, con el pánico de Beaumont, por aquellos caminos atestados de soldados que huían. Muchas veces el carruaje había estado á punto de ir á parar á algun foso. Los dos hombres no habían regresado hasta bien entrada la noche, después de vencer muchos obstáculos. Y aquella excursión, aquel ejército que Delaherche había ido á ver desfilar á dos leguas de allí, y que le había hecho retroceder envolviéndole en su retirada, toda aquella aventura imprevista y trágica, le había he-



cho repetir muchas veces durante el trayecto:

—¡Yo que creía al ejército iba camino de Verdun, y no quería perder la ocasión de verlo! . . ¡Pues ya lo he visto! ¡Y creo que lo vamos á ver en Sedan más de lo que deseábamos!

Por la mañana, á las cinco, despertado por los rumores producidos por el 7.º cuerpo al atravesar la ciudad, se vistió muy de prisa, y la primera persona que se había echado á la cara en la plaza de Turenne, fué al capitán Beaudoin.

El año anterior, en Charleville, el capitán era uno de los contertulios de la linda señora Maginot; de modo que Gilberta, antes del casamiento, le había presentado. Las malas lenguas decían que el capitán, no teniendo que desear nada, se había retirado delante del fabricante de paños, por delicadeza, no queriendo privar á su amiga de la inmensa fortuna que se le ponía al alcance de la mano.

—¿Es usted?—dijo Delaherche—¡y en qué facha Dios mío!

Beaudoin tan pulcro y correcto siempre, se hablaba en un estado lamentable; el uniforme manchado, asqueroso, la cara y las manos negras. Desesperado, había caminado con los zuavos, sin poder darse cuenta de cómo había perdido su compañía. Como los demás, se moría de hambre y de sueño, pero lo que más le mortificaba era que no había podido mudarse de camisa desde Reims.

—Figúrese usted que me han extraviado mi equipaje en Vouziers, algunos imbéciles á los que de buena gana rompería la cabeza si los conociese... Y no me ha quedado nada, ni un pañuelo, ni un par de calcetines. ¡Es cosa de volverse loco!

Delaherche quiso llevárselo á su casa en seguida; pero él se resistía: ¡no, no! no tengo facha para presentarme ante nadie, decía, no quiero asustar á la gente. El fabricante tuvo que jurar que ni su mujer ni su madre se hallaban levantadas, y además, le daría todo lo necesario para que se arreglase.

Al dar las siete, el capitán Beaudoin, lavado, cepillado, vistiendo bajo el uniforme una camisa del marido, se presentó en el aristocrático comedor de la casa. La señora Delaherche, la madre, estaba allí, pues, como de costumbre, se había levantado al amanecer, á pesar de sus setenta y ocho años. Muy blanca, tenía una nariz que se había adelgazado y una boca que no sonreía, en una cara larga y delgada. Se levantó, estuvo muy atenta é invitó al capitán á que se sentara delante de una de las tazas de café con leche que había sobre la mesa.

—¿Tal vez preferirá usted carne y vino, después de tantas fatigas?

—Mil gracias, señora, un poco de leche con pan y mantequilla, me viene mejor ahora.

En aquel momento se abrió un puerta y Gilberta entró, alargando la mano. Delaherche debía haberla prevenido, porque no acostumbraba á levantarse antes de las diez. Era alta, flexible y fuerte, con hermoso pelo negro, hermosos ojos negros, sonrosada, alegre, un poco locuaz, pero sin malicia. Su peñador de sarga, con bordados de seda encarnada, procedía de París.

—¡Ah! capitán; qué amable ha sido usted al haberse detenido en este rincón de provincia,—le dijo, mientras le daba un apretón de manos.

Después se echó á reir.



—¡Seré tonta! Segura estoy que preferiría usted no hallarse en Sedan en estas críticas circunstancias... ¡Estoy tan contenta de haberle vuelto á ver!

En efecto, sus hermosos ojos brillaban de alegría. Y la señora Delaherche, que debía de saber algo de lo que las malas lenguas habían hecho correr en Charleville, les miraba muy seria. El capitán se portaba muy discretamente, como hombre que había conservado un buen recuerdo de la hospitalidad que otras veces le habían dado.

Almorzaron y en seguida Delaherche volvió á mencionar su paseo de la víspera, no pudiendo resistir al deseo de contarle de nuevo.

—He visto al emperador en Baybel.

Y empezó á contar. Primero fué una descripción de la posesión, con un patio interior cerrado por una verja y situado sobre un montecillo que domina Mouzon, á la izquierda del camino de Carignan. Después volvió al 12º cuerpo que había atravesado y estaba acampado entre los viñedos, tropas magníficas, que brillaban al sol y cuya vista había halagado su amor patrio.

—Estaba allí, cuando de pronto salió el emperador de la casa á donde había subido para almorzar y descansar. Llevaba un gabán sobre el uniforme de general, aunque hacía mucho calor. Detrás de él un criado llevaba una silla de tijera... No tenía buena cara, encorvado y andaba con dificultad, tenía la cara amarilla, el aspecto de un hombre enfermo de verdad. Y no lo he extrañado porque el boticario de Mouzon acababa de decirme que un ayudante había ido á comprarle medicinas... sí, medicinas para...

Delante de su madre y de su mujer no quería señalar con más claridad la disentería que padecía el emperador desde el Chene y que le obligaba á detenerse en las caserías.

—El criado colocó la silla de tijera en un campo de trigo y el emperador se sentó... Estaba quieto, inmóvil, como rentista que calienta al sol sus dolores. Miraba con sus ojos tristes el inmenso horizonte, abajo el Meuse deslizándose por el valle, enfrente los montes llenos de bosques cuyas cimas se pierden en lontananza, á la izquierda los bosques de Dieulet, á la derecha la eminencia de color esmeralda de Sommauthe. . Le rodeaban ayudantes de campo, oficiales superiores, y un coronel de dragones que me había pedido algunos datos acerca del país, me acababa de decir que no me alejara, cuando de pronto...

Delaherche se levantó, llegaba al punto interesante del relato y quiso añadir la mímica á la palabra.

—De pronto, estallan detonaciones y vemos precisamente enfrente de los bosques de Dieulet, algunos proyectiles describir curvas en el cielo... Aquello me pareció una función de fuegos artificiales en pleno día... Alrededor del emperador empezaron á inquietarse. El coronel de dragones vino á preguntarme si podía precisar donde se batían. En seguida contesté que en Beaumont. Volvió cerca del emperador, sobre cuyas rodillas un ayudante extendió un mapa. El emperador no quería creer que se batiesen en Beaumont. Yo porfiaba que era allí, puesto que los proyectiles se acercaban siguiendo el camino de Mouzon .. y entonces, como le veo á usted,



vi al emperador que volvía la cabeza hacia donde yo estaba. Me miró durante algunos momentos con sus ojos turbios, llenos de desconfianza y de tristeza, y después su cabeza volvió á caer sobre el mapa y no se movió más.

—¿Y el emperador volvió á entrar en la casa?— preguntó el capitán Beaudoin.

—No lo sé: yo le dejé en la misma postura... Era mediodía, la batalla se acercaba y empecé á preocuparme de mi regreso... Lo único que puedo añadir, es que un general á quien señalaba el pueblo de Carignán á lo lejos, en la llanura, detrás de nosotros, parecía sorprenderse al saber que la frontera de Bélgica estaba tan cerca, á unos kilómetros... ¡Bien servido está este pobre emperador!

Gilberta sonriente, muy á gusto, como en el loncillo de su viudez, donde le recibía otras veces, obsequiaba al capitán, le daba mantequilla y pan tostado. Le propuso que aceptase una cama, pero no quiso, sólo aceptó descansar un par de horas sobre un sofá, en el despacho de Delaherche, antes de ir á buscar á su regimiento. En el momento en que tomaba de manos del Gilberta el azucarero, la señora Delaherche, que no les perdía de vista, vió que se oprimían los dedos; ya no dudaba.

En aquel momento entró una criada.

—Señor, hay abajo un soldado que pregunta las señas del señor Weiss.

Delaherche no era orgulloso, le gustaba hablar con los desheredados, le agradaba la popularidad.

—Las señas de Weiss, ¡ya es raro!... que entre ese soldado.

Juan entró tan rendido que se caía. Al ver á su

capitán, sentado á la mesa con dos señoras, quedó sorprendido y retiró la mano que había avanzado para apoyarse en una silla. Contestó con brevedad á las preguntas del fabricante, que le hablaba con cariño. Explicó la amistad que le unía á Mauricio y por qué le buscaba.

—Es un cabo de mi compañía,—acabó por decir el capitán.

A su vez le interrogó para saber qué había sido del regimiento. Como Juan dijese que acababan de ver al coronel atravesar la ciudad al frente de los soldados que le quedaban, para ir á acampar al norte, Gilberta empozó á hablar de prisa con su vivacidad de mujer bonita, que no reflexionaba.

—¿Por qué no ha venido á almorzar aquí mi tío? Le hubiéramos preparado una cama. ¡Vamos á enviar á buscarle!

La señora Delaherche hizo un movimiento de soberana autoridad. Por sus venas circulaba la sangre de la clase media de las ciudades fronterizas, donde el patriotismo es muy rígido. Interrumpió la severidad de su silencio para decir:

—Deje usted al señor Vineuil, está cumpliendo con su deber.

Aquello fué un jarro de agua fría. Delaherche se llevó al capitán á su gabinete y le instaló sobre el sofá y Gilberta se fué, á pesar de la dura lección, como un pájaro, moviendo las alas, alegre á pesar de la tempestad, mientras que la criada á quien habían confiado Juan, guiaba á éste por los patios de la fábrica, por un laberinto de pasillos y escaleras.

Los Weiss vivían en la calle des Voyards, pero



la casa, que pertenecía á Delaherche, comunicaba con el edificio monumental de la calle Maqua. La calle des Voyards era una de las más ahogadas de Sedán, una callejuela estrecha, húmeda, obscurecida por las murallas, cerca de las que se hallaba. Los tejados de las altas fachadas se tocaban casi y los paseos oscuros parecían bodegas, especialmente en el extremo, donde se encontraba la alta pared del colegio. Pero Weiss, alojado allí gratuitamente, ocupando todo el tercer piso, se encontraba muy á gusto, cerca de su oficina, á donde podía ir en zapatillas. Era un hombre feliz desde que se había casado con Enriqueta, á quien había deseado mucho tiempo, cuando la conoció en el Chene, en casa de su padre, el recaudador de contribuciones; ama de casa á los seis años, reemplazando á la madre, muerta; mientras que él, que había entrado en la Refinería general, casi como un peón, se instruía poco á poco, y llegaba al empleo de tenedor de libros á fuerza de trabajo. Y aun, para realizar su ensueño, había sido necesario que muriera el padre y que el hermano cometiese en París las faltas graves que había cometido aquel Mauricio, del que la hermana gemela era poco menos que la criada, á quien se había sacrificado para hacer de él un caballero. Educada en el hogar, sabiendo apenas leer y escribir, acababa de vender la casa y los muebles, sin poder tapar el agujero abierto por las locuras del joven, cuando acudió el bueno de Weis ofreciendo lo que poseía, con sus brazos sólidos y su corazón; había aceptado el casamiento, agradecida de su afecto, muy buena, es timándole mucho, ya que no enamorada. Ahora les

sonreía la fortuna; Delaherche hablaba de asociar á Weiss en sus negocios, y aquello sería la felicidad; en cuanto tuviera hijos.

—¡Cuidado!—dijo la criada á Juan.

Este tropezaba, porque la obscuridad era muy profunda, hasta que se abrió una puerta y penetró luz en la escalera. Oyó una voz suave que decía:

—Es él.

—Señora,—dijo la criada,—aquí hay un soldado que pregunta por usted.

—¡Bueno! ¡bueno! sé quién es!—dijo con alegría la señora Weiss.

Después, como al llegar el cabo, ahogándose, se paraba en la puerta, añadió:

—Entre usted, señor Juan... le estamos aguardando hace un par de horas, ¡con mucha impaciencia! Mauricio está adentro.

Al entrar, á la luz pálida de la habitación, la vió, muy parecida á Mauricio, con ese extraordinario parecido de los hermanos gemelos. Era un poco más pequeña y un poquito más delgada, de aspecto más delicado, con su boca un poco grande, las facciones menudas, bajo su admirable cabellera rubia, de un rubio claro de avena madura. Lo que la diferenciaba de Mauricio eran sus ojos grises, serenos y valientes, donde revivía toda el alma heroica del abuelo, el héroe del gran ejército de Napoleón I. Hablaba poco, andaba muy quedo, tan activa y lista, tan buena y cariñosa, que se la sentía, como una caricia en el aire, por donde pasaba.

—Entre usted por aquí, señor Juan,—repitió.— Todo estará pronto y listo.

Juan balbuceaba algunas palabras, no encontran-